



SEMANARIO POPULAR.

PERIÓDICO PINTORESCO

ADAPTADO A TODOS LOS GUSTOS Y AL ALCANCE DE TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

Núm. 46.

JUEVES 22 DE ENERO DE 1863.

Los números del año forman un tomo de mas de 400 páginas de abundante lectura y preciosos grabados con una elegante cubierta.

4 CUARTOS EL NÚMERO.

Se publica todos los jueves y se remite á provincias el mismo dia.

Se vende en los puntos de suscripcion

Tomo I.

PRECIO DE SUSCRICION.

MADRID un año 24 rs., seis meses 13.—PROVINCIAS un año 26 rs., seis meses 14.—ESTRANJERO, CUBA Y PUERTO-RICO un año 50 rs.

SUMARIO.

LA DOMESTICACION DE LOS ANIMALES Y CONDICIONES PARA CONSEGUIRLA, por Ramon Llorente y Lázaro.—CARDILAC EL JOYERO (Continuacion).—EL RETIRO DE FELIPE V.—POR CURIOSO, por Vicente Cuenca y Lucherini.—LOS ESCRITORES ANTIGUOS: Herodoto, Polibio, Plutarco, Xenofonte, Salustio.—HISTORIA NATURAL: Los moluscos.—LA ESCALERA, por Fernando Martinez Pedrosa.—AL AMANEJER Y AL ANOCHECER, por Carlos Navarro.—A MI ALMA GEMELA, por Antonio Perez Rioja.—CANTARES, por Ventura Ruiz Aguilera.—PENSAMIENTOS.

LA DOMESTICACION DE LOS ANIMALES Y CONDICIONES PARA CONSEGUIRLA.

Como no siempre ni por todos se entiende la palabra *domesticar* y sus derivados en un mismo sentido; como tambien es muy comun que estas voces se confundan con las de *aclimatar* y *naturalizar*, fijemos de antemano su valor como le comprenden hoy los hombres eminentes que con tanto provecho de la humanidad se han dedicado á estos trabajos, que la confusion en los nombres trae como consecuencia la de las ideas, y como decia un hombre inmortal *nomina si nescis perit et cognitio rerum*.

Todos los seres orgánicos presentan un compuesto de circunstancias biológicas en armonia con las condiciones físicas del pais en que viven: de esta armonia resulta la facultad de desarrollarse, llegar al estado adulto y procrear individuos semejantes á los que le han dado origen.

Como en los individuos aislados, se verifica en el conjunto que llamamos *especie* y *raza*, las que si existen las relaciones dichas se perpetúan con los mismos caracteres, pero si faltan se modifican profundamente, degeneran y desaparecen.

Algunas veces no llegan las cosas á este estremo; cambiadas las influencias, la organizacion se modifica en relacion con los nuevos agentes, y á esta apropiacion de un individuo ó de una raza para vivir bajo la influencia de las nuevas condiciones á que se le ha espuesto trasladándole de un clima á otro, es lo que se llama *aclimatacion*.

No debe olvidarse para comprender todas las dificultades de este fenómeno, que el conjunto de influencias mencionado es numeroso y complejo, que no es solo la temperatura como algunos han creido, sino además la humedad, las variaciones en la presion atmosférica, el reposo ó movimiento del aire, la pureza de este fluido ó la existencia en él de miasmas mas ó menos deletéreos, la tension eléctrica, la serenidad y transparencia del cielo.

Grande es la analogia que las palabras *aclimatar* y *naturalizar* tienen para el vulgo, y aun para muchos hombres científicos que las consideran como sinónimas; pero que no lo son nos lo demuestran el que para que podamos decir que una especie está naturalizada en un punto, no solo es necesario que viva y se reproduzca, sino que lo haga en las condiciones naturales, en el estado de naturaleza, mas propiamente en el estado salvaje, y es bien sabido que hay especies de antiguo aclimatadas y á las que de ninguna manera se puede aplicar la palabra naturalizacion.

Es cierto que en muchos casos puede ser su uso indiferente, pero no en otros; lo que obliga á consignar las diferencias que den al lenguaje científico la exactitud que debe caracterizarle.

Derivada la palabra *domesticar* de la latina *domus* que significa casa, se ha empleado para espresar la accion de hacer vivir y alimentar en nuestras habitaciones los animales. Sin duda en este sentido han sido llamados *domésticos* los animales que reúnen las circunstancias dichas; pero este lenguaje, aun usado por los zoólogos para espresar el nombre específico de algunos animales, es evidentemente inexacto en el concepto y acepcion que esta voz tiene en nuestros dias.

Si solamente se llamaran *domésticos* á los animales en las condiciones dichas, el lenguaje seria inexacto, porque podrian confundirse con los *amansados* y *cautivos* y existen entre ellos diferencias importantes.

La cautividad se refiere solo á individuos aislados, cuya esclavitud es incompleta, pues está

reducida á la perdida libertad. Si el hombre consigue imponerles su yugo, si consigue que adquieran nuevas costumbres á medida de su deseo, de cautivos se convierten en *amansados*: los primeros que pueden compararse á prisioneros separados violentamente de sus costumbres, y dispuestos en cuanto puedan á volver á ellas recobrando la perdida libertad: los segundos son como unos esclavos que acostumbradas desde la niñez á tal estado, no solo le soportan sin molestia, sino que ni piensan en sacudir un yugo que la costumbre ha hecho perfectamente tolerable.

La cautividad puede decirse que comienza en un animal en el momento que el hombre encadena su cuerpo, y el amansamiento se completa tan luego como podemos encadenar su voluntad.

Mientras que los resultados que obtenemos son solo los referidos es escasa su utilidad, está reducida á la posicion de individuos sacados del estado salvaje que á medida que la muerte los va destruyendo es indispensable reponerlos por los mismos medios costosos, llenos de dificultades y de poco importantes aplicaciones.

De bien diferente manera puede considerarse la domesticidad: cuando una vez se obtiene es para siempre, y este hecho importante que prueba el dominio directo del hombre sobre el resto de la creacion, es indudablemente el resultado de una serie indefinida de generaciones humanas sobre una serie indefinida tambien de generaciones de animales: no tiene límites en el tiempo y el espacio, porque esta multiplicacion de los individuos produce, como consecuencia, la expansion sin límites de la especie ó de la raza.

De esta manera, los que vivimos en el siglo XIX disfrutamos las consecuencias de los trabajos hechos tal vez en los tiempos antehistóricos, en comarcas lejanas de las nuestras, por hombres cuyos nombres ignoramos; pero que despues de haber sido los bienhechores de nuestros padres lo serán de nuestros descen-

dientes hasta una remotísima posteridad, y sin que á esta trasmision de pueblo en pueblo, de edad en edad, se le vea otro término que el de la existencia misma del género humano.

Puede decirse en resúmen que si el hombre toma individuos de la naturaleza, si los amansa y enseña, si habituados al nuevo estado en que se hallan se reproducen y constituyen raza, la consecuencia es la sumision permanente, la *domesticacion*, que como se ve supone no solo la reproduccion, sino que esta se verifique bajo la influencia del hombre, no una vez sino muchas, no por casualidad en una ocasion dada sino durante una serie indefinida de generaciones.

Uno de los resultados mas evidentes de la domesticidad es el cambio profundo que la organizacion experimenta y que es tanto mas notable cuanto mas tiempo haya pasado desde la conquista de la especie por el hombre.

Los animales recientemente domesticados conservan con mas ó menos exactitud los tipos de la especie salvaje de que proceden. En unos no se ven mas que variedades individuales: en otros llegan á constituirse verdaderas razas, es decir, variedades trasmisibles por la generacion; pero separados de los tipos primitivos por modificaciones de tan poca importancia como el aumento y disminucion de volúmen, los cambios en la coloracion que tiende al albinismo general ó parcial, ó por el contrario que consisten en fenómenos de melanismo, esto es, en el predominio en la totalidad de la piel ó en puntos aislados de la materia colorante negra.

Si la especie está de mucho tiempo en poder del hombre, si acaso su adquisicion se pierde en la noche de los tiempos, las variaciones son tan profundas y trascendentales que se pierde toda analogía con el tipo primitivo.

Hay, sin embargo, mucha diferencia en el valor que los naturalistas dan á estos cambios.

Algunos, llevados mas de su imaginacion que de los resultados de la experiencia, exageraron hasta el extremo estas variaciones suponiendo como lo hacia Lamarck la posibilidad no solo del paso de unas especies á otras, sino de tipos de organizacion correspondientes á grupos que tienen entre sí grandísima diferencia. Esto ha producido el efecto que era consiguiente, el que se venere á este célebre naturalista en todo lo que se limita á hechos y descripciones; pero que no se haga tanto aprecio de sus teorías. Mas cuerdos otros como Linneo, Cuvier, Blainville y la mayor parte de los modernos creen la especie fija y los tipos invariables.

La amalgama de opiniones tan opuestas es imposible de establecer; pero puede decirse que si los caracteres de los seres orgánicos son fijos en cada especie es mientras se conservan y perpetúan rodeados de las mismas circunstancias; pero cambian y se modifican cuando varian las influencias á que están espuestos.

Este resultado no puede darle el estudio de las especies salvajes, solo nos le proporciona el exámen detenido de los animales que viven en domesticidad, bien sean de los que de tiempo inmemorial poseemos, bien de los que el hombre ha conquistado mas recientemente.

Por este camino se sabe que las modificaciones son ligeras, puede decirse que superficiales, en los animales cuya domesticacion es moderna; al paso que en los otros los cambios son profundos y de mas considerable valor, tanto que muchas veces pasan de los límites de las variaciones llamadas específicas.

Intimamente relacionada con el asunto que precede lo está la cuestion de las aclimataciones, esto es, la posibilidad de vivir y reproducirse indefinidamente en regiones del globo diferentes de aquellas en que la naturaleza ha colocado primitivamente á los animales.

Algunos autores al decidirse por la afirmativa lo hacen sin restriccion y de una manera absoluta; como que cualquiera creeria que el hombre todo lo puede sin mas que el auxilio del tiempo.

Opinan otros de diferente manera; se puede, dicen, cambiar de sitio á un animal, á una

planta, pero trasportándolos á una region climatológica igual á la que han dejado, ó lo que es lo mismo, puede hacerse mas estensa la distribucion geográfica en un clima, no pasar de un clima á otro.

Si esta apreciacion fuese exacta debian calificarse de absurdas todas las tentativas de aclimatacion, las apariencias de resultado estarian seguidas de tristes desengaños, y la conducta mas prudente seria abstenerse de emprenderlas.

Los partidarios de esta segunda opinion, de la que tan desanimadoras consecuencias se deducen, son los que entienden por aclimatacion, no el acostumbrarse en general á un conjunto de circunstancias nuevas, sino en particular á una region termométrica distinta, esto es, en la que la temperatura media y las extremas sean notablemente mas ó menos elevadas.

Para resolver esta cuestion es indispensable establecer distinciones, no puede decirse en absoluto una cosa ú otra, porque la experiencia de las especies ya domésticas nos manifiesta que el resultado varía segun el grupo zoológico á que corresponden. Al paso que vemos á los unos reducidos á limitadas regiones, otros son, sino *cosmopolitas*, porque esto significaria que viven en todo el mundo, por lo menos que existen en regiones cálidas, frias y templadas.

En vano buscaremos, entre estos últimos, animales de *sangre fria*; por el contrario todos pertenecen á los grupos de los *hematermas*, esto es, á los que por la gran estension de sus actos respiratorios tienen una temperatura propia é independiente del medio en que viven.

La accion del tiempo ayuda á este resultado: con su auxilio el hombre ha hecho mucho en lo pasado y se deduce que puede hacer mucho tambien en lo porvenir: puede, dirigiendo bien las influencias, facilitar que las especies rompan sus límites naturales y se aclimaten como en él mismo se ha verificado.

Pueden apreciarse con facilidad las relaciones que existen entre el tiempo que hace que el hombre posee una especie, su estension sobre la superficie del globo, el número y diversidad de las condiciones en que se ha hallado y la importancia de las modificaciones sufridas.

(Se continuará.)

RAMON LLORENTE Y LÁZARO.

CARDILLAC EL JOYERO.

(CONTINUACION.)

Después de esto corria como si estuviera poseído por el diablo hácia su propia casa, se metía en su taller particular, se ponía á trabajar, y segun habia prometido concluía una obra maestra en ocho días. Sin embargo, cuando el novio ó la persona que le habia encargado la obra iba lleno de alegría á pagarle la cantidad que se habia estipulado y á llevarse sus joyas, Cardillac se volvía rudo y obstinado y apenas se le podía hablar.

—Pero maese Renato, decia el interesado, mañana es mi boda y...

—¿Y qué diablos tengo yo que ver con vuestra boda? replicaba Cardillac, volved dentro de quince días.

—Pero si el collar está concluido y vos debéis tenerle! aquí está la cantidad estipulada.

—Y yo os digo, añadía el platero, que aunque esté concluido tengo que variar muchas cosas en este collar y que no debo dárosle hoy.

—Y yo os repito, contestaba ya el interesado colérico, que si no me entregáis al instante el collar que está ya terminado y por el cual estoy dispuesto á pagaros el doble de la cantidad estipulada, volveré dentro de media hora con Desgrais y un piquete de gendarmes para hacer que me le entreguéis á la fuerza.

—Bien está; ¡ojalá que el mismo Satanás con todos sus hijos os den tormento con mil pares de tenazas candentes y cuelguen tres-

cientas pesas en vuestro collar para que sirvan para ahorcar á vuestra novia.

Con estas palabras ú otras semejantes metía Cardillac los adornos en el bolsillo del que se los habia encargado, le cogía por los brazos y le hacia salir por la puerta con tal violencia que corria riesgo de caer por la escalera abajo y á veces rodaba efectivamente algunos escalones. El platero corria entonces á la ventana y se reía, semejante al espíritu del mal, viendo al pobre diablo á quien habia maltratado, que completamente confuso, cojeando y con las narices ensangrentadas, emprendía el camino de su casa.

Esta conducta, á decir verdad, no se atrevía á seguirla muchas veces, pero en diferentes ocasiones habian ocurrido escenas como la que acabamos de describir. Era además completamente extraordinario é inspicable, como Cardillac, después de haber emprendido una obra con entusiasmo, cambiaba súbitamente de modo de pensar, y con la mayor agitacion, y con súplicas conmovedoras y con sollozos y lágrimas pedía con vehemencia al que le habia encargado la obra, que por el amor de la santa Virgen y de todos los Santos que le eximiera del cumplimiento de su encargo.

A pesar de la facilidad con que generalmente recibia los encargos, habia algunas personas aun de las mas respetables, tanto en la corte como en la ciudad, que en vano le habian ofrecido grandes cantidades, con el objeto de que les hiciera algun trabajo por insignificante que fuera. Respecto al rey, el joyero se habia echado muchas veces á sus pies, suplicándole que le eximiera de trabajar para él; del mismo modo habia rehusado toda clase de encargo por parte de la marquesa de Maintenon, habiéndose negado con una espresion de aversion y de horror á cumplir una orden que le habia dado de hacer una sortija con labores alegóricas que deseaba haber regalado al poeta Racine.

—Apostaría cualquier cosa, dijo la marquesa á la señorita de Scuderi, que si mandara á llamar á Cardillac, para que dijera para quién habia hecho estos adornos, se negaría á venir temiendo que fuera para darle algun encargo, porque está firmemente decidido á no hacer nada para mí; aunque dicen que ha disminuido su obstinacion hace poco, que trabaja mas industriosamente que nunca y entrega su obra en el momento, á pesar de que hace los mismos gestos y se muestra tan irritado como antes.

La señorita de Scuderi que deseaba con mucha ansia que las joyas volvieran al poder de su dueño legítimo, juzgó conveniente informar al extraño fabricante de anillos y brazaletes que no se exigía de él mas que la tasacion de ciertas joyas. La marquesa se convino á ello y enviaron á llamar á Cardillac, pero no parecia sino que este se hallaba ya en camino para ir á ver á la marquesa, tan corto fue el tiempo trascurrido hasta que se presentó ante ambas.

En el momento en que percibió á la señorita de Scuderi pareció quedar como herido y confundido por una sensacion repentina y olvidando por el momento las reglas de la buena educacion, hizo una profunda reverencia á la poetisa antes de saludar á la noble dueña de la casa. Esta le preguntó bruscamente si el collar, que brillaba sobre el tapete verde de una mesa de juego donde le habian colocado, habia sido hecho en su taller.

Cardillac no se dignó apenas echar una mirada sobre las joyas, pero con los ojos fijos en la marquesa metió apresuradamente el collar y los brazaletes en la cajita y la echó á un lado; entonces haciendo un gesto horrible, dijo: en verdad, señora marquesa, que debéis tener bien poco conocimiento en joyas si podeis dudar ni aun por un instante que estas habian de venir de cualesquiera otras manos en el mundo que las de Renato Cardillac. Esto es completamente inspicable, dijo la marquesa, pero ¿para quién se hicieron estas joyas? Para mí solo, contestó Cardillac, pero conociendo

que ambas le escuchaban con desconfianza y sospecha, añadió: vuestras señorías pueden pensar que es cosa muy extraña, pero el hecho es tal como le he manifestado. Únicamente con el objeto de hacer una muestra de joyería, reuní mis mejores piedras y las trabajé por mi propio placer de un modo más cuidadoso y delicado que lo he hecho jamás para nadie. Hace poco tiempo las joyas que había fabricado de este modo desaparecieron de mi taller de una manera inconcebible. Entonces, á Dios gracias, dijo la señorita de Scuderi, mi disgusto tiene fin, maese Renato, y recibireis de mi mano los objetos que os habían robado esos misteriosos malvados.

La señorita de Scuderi refirió entonces de nuevo todas las circunstancias bajo las cuales la cajita había ido á su poder y mientras tanto Cardillac la escuchaba con los ojos fijos en el suelo, sin hablar ni una palabra y solo haciendo algunos gestos extraños acompañados de diversas interjecciones; pero cuando la señorita de Scuderi hubo concluido, pareció como si estuviera luchando de un modo vehemente con algún nuevo capricho que se le había ocurrido durante el curso de la narración, lo cual le tuvo en un estado indeciso. Se rascó la frente, suspiró profundamente, se puso las manos delante de los ojos como si llorase y por último tomando la cajita que le presentaba la señorita de Scuderi, se arrodilló de un modo lento y solemne delante de ella y dijo: el destino, señorita, os ha concedido esas joyas; además me acuerdo que al principio, cuando trabajaba en ellas, yo pensé en vos y no me ocupaba exclusivamente de mí solo como he dicho antes, sino que mi trabajo era para vos. No las refuseis, pues, recibidlas de mi mano y llevadlas, porque á decir verdad, son las mejores que he hecho desde mucho tiempo acá.

—¿Cómo! replicó la señorita de Scuderi, ¿qué es lo que estais diciendo, maese Renato? En la edad en que me hallo ¿había de ir á engalanarme con diamantes y esmeraldas como estas? ¿Y por qué razón habíais de hacerme regalos con tal prodigalidad? Si yo fuera joven y hermosa como la marquesa de Fontanges y rica para poder daros una recompensa ciertamente semejantes adornos no saldrían de mi mano; pero ¿qué uso tendrían estos brazaletes en mis brazos ajados y cómo había de llevar yo collar cuando nunca voy escotada. Mientras la señorita de Scuderi hablaba así, Cardillac se había levantado y con miradas feroces como si estuviera medio loco, tenía aun la cajita delante de la señorita de Scuderi y la dijo: tened compasión de mí, señora, hacedme este favor y aceptad estas joyas. Vos no podeis tener idea alguna de cuán profunda es la veneración que profeso á vuestra virtud y á vuestros talentos. Acedad, os ruego, este regalo insignificante como una pequeña muestra de mi sincero respeto y afecto...

Y como la señorita de Scuderi no quería de modo alguno tocar á la cajita, la marquesa de Maintenon la tomó al fin de las manos de Cardillac y la dijo: no, señorita; vos habláis siempre de vuestra avanzada edad, pero ¿qué tenemos que ver vos y yo con los años si nuestros hombros no se encorvan por esta carga? ¿No estamos ahora procediendo como una coqueta joven que querría coger si se atreviera el fruto prohibido con tal de poder hacerlo sin manos ni dedos? No dejéis de aceptar del buen maese Renato, un regalo espontáneo que otros estarían muy contentos en poseer y que sin embargo no pueden alcanzar ni por las promesas de grandes cantidades de dinero ni por las súplicas más ardientes. La marquesa de Maintenon al decir estas palabras había obligado á la señorita de Scuderi á que tomara la cajita y Cardillac se arrodilló nuevamente ante ella besándole las manos y la orilla de sus vestidos suspirando, gimiendo, llorando y sollozando hasta que al fin se levantó y derribando sillas y mesas, de modo que los espejos y juguetes de china que había sobre ellas se hicieron pedazos y salió corriendo de la casa.

La señorita de Scuderi quedó completa-

mente aterrada. ¿Por el amor de Dios! decía ¿que le pasa á este hombre?

—Yo lo sé, señorita, dijo la marquesa; maese Renato Cardillac se ha enamorado desesperadamente de vos y según la costumbre establecida, empieza su ataque contra vuestro corazón con una lluvia de ricos presentes. La marquesa continuó su broma hasta que logró vencer la gravedad de la señorita de Scuderi; la exhortó á que no fuera demasiado cruel con su desesperado amante y la poetisa dando rienda suelta á su natural buen humor, fue llevándolo al fin como una broma, diciendo que si realmente la sitiaba de una manera tan vehemente no dejaría de ser conquistada presentando al mundo el único ejemplo de una mujer de setenta y tres años de edad y de una nobleza sin mancha como novia de un platero. La marquesa se ofreció á ser su acompañante en la boda y á instruirla respecto á los deberes de una buena ama de casa porque era imposible que una joven de tan poca edad supiera mucho respecto á ellos.

Por último, cuando la señorita de Scuderi se levantó para despedirse á pesar de todas las bromas se puso seria y grave y titubeó en el momento en que la marquesa la hizo tomar la cajita.

—Mi querida marquesa, la dijo, jamás seré capaz de usar estos adornos. En un tiempo ó de otro, de cualquier modo que pueda haber sucedido, han estado en poder de esa infame cuadrilla de criminales que con la insolente arrogancia del mismo diablo, si es que no tienen pacto con él, cometen robos y asesinatos en todas las calles de la ciudad. Yo no puedo mirar estos hermosos diamantes sin que me parezca contemplar al mismo tiempo la figura sangrienta de la pobre víctima á quien se los han quitado, porque en cuanto á la historia de Cardillac no doy crédito alguno á sus palabras y en toda su conducta me parece que hay algo terrible y misterioso. No hay duda alguna de que se me presentarían dificultades insuperables si fuera á acusar á maese Renato de tener parte alguna en los crímenes por los que todos están tan alarmados, puesto que siempre ha estado considerado como un modelo del ciudadano honrado y concienzudo, aunque medio loco, pero no puedo vencer la idea que tengo de que detrás de su carácter extraño real ó fingido se oculta algún horrible misterio. En todo caso jamás llevaré estas joyas. La marquesa insistió en que esto era llevar los escrúpulos demasiado lejos, pero cuando la señorita de Scuderi la preguntó seriamente y bajo su palabra de honor como procedería ella si se encontrase en la misma situación, la marquesa contestó firme y decididamente que en su caso antes arrojaría los adornos al Sena que llevarlos ni un momento.

Después de esto, la señorita de Scuderi que á pesar del tiempo que concedía á sus largas novelas tenía propensión á hacer versos sobre todos los sucesos del día, convirtió la aventura con el joyero en una del género grotesco que al día siguiente leyó en voz alta al rey en las habitaciones de la marquesa de Maintenon. Como puede suponerse trató de hacer á espensas de Cardillac una pintura tan ridícula del joyero y de su noble novia de setenta y tres años que sirvió para divertir á todos los que la oyeron; baste decir que el rey se rió de todas veras y juró que el mismo Roileau había encontrado un rival, porque el poema que había escrito la señorita de Scuderi era sin disputa el más gracioso del mundo. Así terminó este asunto que al fin fue olvidado.

V.

Algunos meses después de los sucesos que acabamos de referir, iba un día la señorita de Scuderi atravesando el Puente Nuevo en el coche nuevo de la duquesa de Montausier. En esta época era tan reciente aun la invención de los coches con cristales, que cuando se presentaba un carruaje de esta clase, era siempre seguido por las calles por una multitud de

gentes. Así sucedía precisamente en aquel instante, que la gente desocupada y vaga del populacho rodeó el coche de tal modo que apenas podían andar los caballos. De repente la señorita oyó un gran tumulto en el puente y distinguió á un joven que á fuerza de golpes y empujones quería penetrar por entre la multitud; cuando el joven estuvo más cerca la señorita de Scuderi se sorprendió viendo su rostro mortalmente pálido, cuyas facciones aunque naturalmente delicadas, estaban ahora descompuestas por la cólera y la ansiedad. Los ojos del joven estuvieron siempre fijos en la señorita, mientras que con una violencia continuada iba abriéndose camino hasta que por fin llegó á la portezuela del carruaje que abrió impetuosamente y arrojando un billete en la falda de la señorita de Scuderi desapareció como había venido abriéndose camino á viva fuerza.

Hay que advertir que en el momento en que el joven llegó á la portezuela del carruaje, Martiniere, la doncella de la señorita de Scuderi que iba acompañando á su ama en aquel momento se echó hácia atrás lanzando un grito de terror y ocultó su rostro entre los almohadones. En vano la señorita de Scuderi tiró del cordón para llamar al cochero y decirle que detuviera los caballos; el cochero como si estuviera poseído por el diablo mismo, dió de latigazos á los caballos que arrojando espuma y relinchando se encabritaron no queriendo seguir adelante, pero que al fin en un trazo animado se lanzaron por entre la multitud del puente. La señorita de Scuderi derramó un frasquito entero de agua de Colonia sobre la frente y las sienes de su doncella desmayada, que al fin abrió los ojos temblando con todos sus miembros y se agarró casi convulsivamente á su señora. ¿Los santos nos protejan! dijo al volver en sí, ¿qué quería ese hombre terrible? ¿Santo Dios! este joven era el mismo que vino á casa á media noche á asustarnos de un modo tan espantoso y que dejó la misteriosa cajita. La señorita de Scuderi trató de tranquilizar á la pobre doncella manifestándole que lo había sucedido ninguna desgracia y que lo único que interesaba al presente era saber lo que decía el billete. En conformidad con esto, desdobló el papel y leyó estas palabras:

«Un destino terrible que vos podeis apartar de mí amenaza hundirme en el más profundo abismo de perdición. Yo os suplico, como un hijo podría implorar respetuosamente á su madre, que el collar y los brazaletes que yo os he dado se los entreguéis al joyero Renato Cardillac; hacedlo así bajo cualquier pretexto, pero lo mejor es que le digáis que se necesita variar algo la disposición de las piedras. Vuestro propio bien estar, no, vuestra vida depende de esto, y si vos no procedéis con arreglo á lo que os digo, antes de dos días entraré á viva fuerza en vuestra propia casa, y en mi desesperación me quitaré la vida á vuestra vista.»

Es bien cierto, dijo la señorita de Scuderi cuando hubo leído el billete, que si esta persona pertenece realmente á la célebre cuadrilla de ladrones y asesinos, sus intenciones, hácia mí por lo menos, no son malas. Si hubiera logrado hablar conmigo aquella noche, quién sabe que extraños misterios me hubiera descubierto, de los cuales yo no puedo formarme ni aun la idea más remota; pero sea lo que quiera la verdad de esto, haré de todos modos lo que me pide en esta carta, aun cuando para ello no hubiera más razón que la de desembarazarme de estas joyas odiosas, que Cardillac, si hemos de juzgar por su conducta pasada, no dejará tan fácilmente que salgan de su poder si hay un día que las vuelva á tener en sus manos.

A la mañana siguiente la señorita de Scuderi tenía intención de ir á llevar el collar y los brazaletes á casa del joyero; pero parecía que todos los poetas de París se habían puesto de acuerdo para acosarla con una tempestad completa de versos, piezas teatrales y novelas. De este modo su visita á Cardillac fue aplazada irrevocablemente para el día siguiente, pero



San Ildefonso de la Granja. — Vista de la casa de Canónigos.

mientras tanto estuvo en una grande inquietud. La figura del jóven desconocido estaba siempre ante sus ojos; la parecia que hacia ya mucho tiempo que estaba familiarizada con sus facciones, aunque no podia decir cómo ni cuándo, y sin embargo, estos oscuros recuerdos la acosaban como si estuvieran próximos á convertirse en realidad. Su noche fue inquieta, y sueños terribles la turbaron en ella. Veia al jóven desgraciado al borde de un precipicio espantoso, ó luchando con unas aguas oscuras y tempestuosas y levantando sus manos hácia ella para implorar su compasion. Pensaba tambien que tal vez hubiera estado en su poder el impedir algun crimen enorme, cuya intriga la hubiera sido revelada si hubiese oido su confesion. Dominada por estas ideas, apenas rompió el día, cuando llamó á Martinierre, se vistió apresuradamente, y llevando la cajita con las joyas se dirigió á casa del joyero.

Al llegar á la calle de la Nicaise, cerca de la casa de Cardillac, se quedó admirada viéndola llena de gente, que toda se dirigia hácia un mismo punto; hombres, mujeres y niños lanzando gritos de cólera, y como si estuvieran determinados á continuar á viva fuerza su camino, eran dificilmente contenidos por los gendarmes que en aquel momento rodearon la casa. En este indecible estruendo se oian voces que gritaban: ¡Hacedle pedazos! ¡Descuartizad á ese malvado y traidor asesino! Por último apareció Desgrais con una guardia numerosa, abriéndose paso con violencia por en medio de la multitud. Luego, pasado un momento, se abrió la puerta de la casa y salió de ella un hombre cargado de cadenas que fue llevado entre las maldiciones del populacho.

En este momento, cuando la señorita de Scuderi, casi fuera de sí de terror, estaba presenciando esta escena, un grito agudo de desesperacion hirió sus oidos. ¡Detente detente! gritó al cochero, que con una vuelta que habia hecho dar á sus caballos de un modo rápido y

diestro trataba de penetrar por enmedio de la multitud para pararse delante de la casa de Cardillac. En la entrada de la casa halló á Desgrais, y á sus pies una jóven de extraordinaria belleza, con su traje desordenado, con el cabello suelto y con una desesperacion terrible pintada en su rostro. Se abrazaba á las rodillas del jefe de la policia, y en un tono de voz que desgarraba el corazon exclamaba: ¡es inocente, es inocente! En vano Desgrais y su gente trataba de hacerla callar y de levantarla del suelo. Al fin un hombre vigoroso la cogió en brazos y la obligó rudamente á echar á andar delante de Desgrais, haciéndola tropezar y caer sin que pronunciase otra palabra, de modo que la pobre muchacha fue precipitada por la escalera de piedra, yendo á caer á la calle como

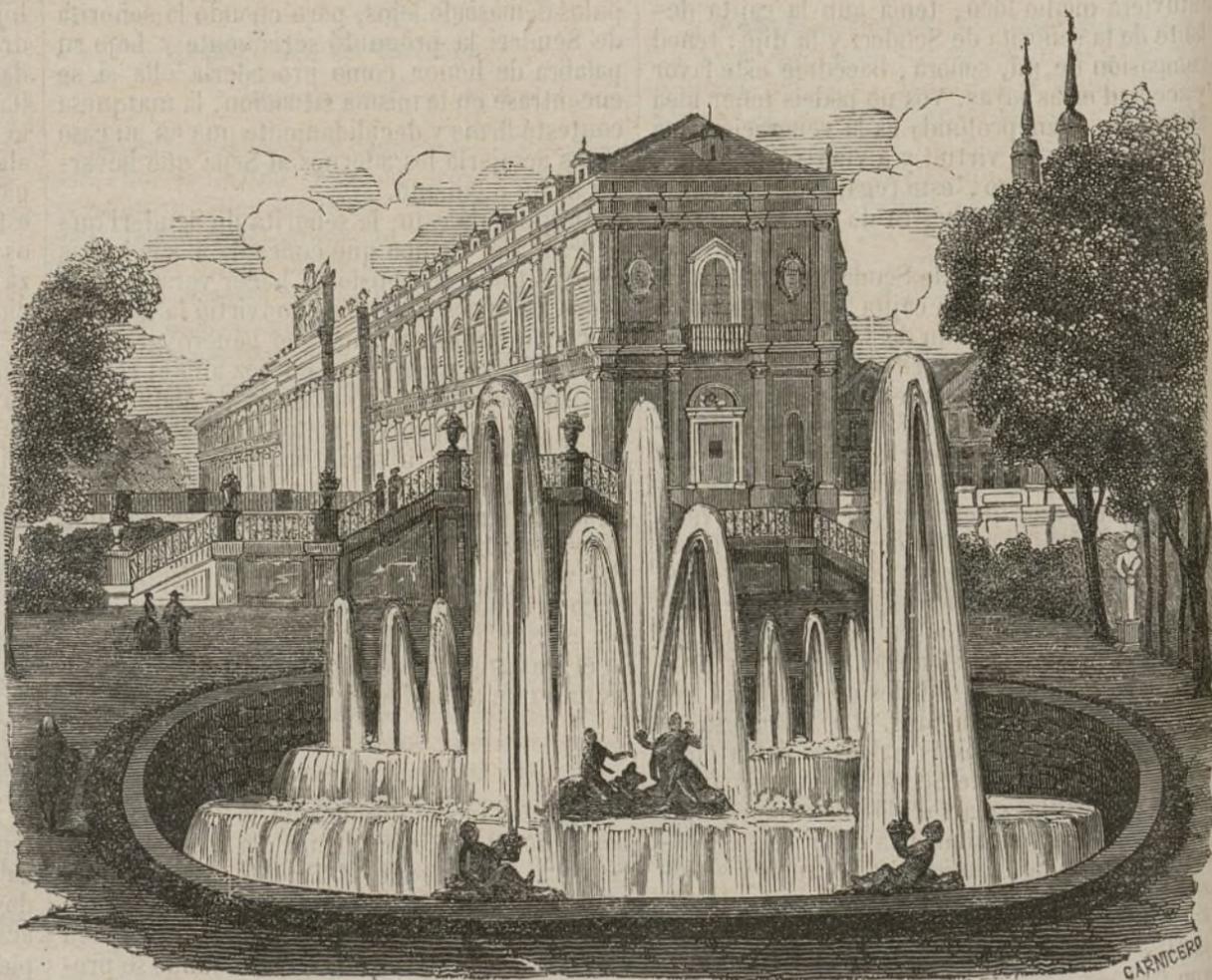
cómplice en esta muerte, y tal vez en algunas otras, pero la haremos conducir ahora mismo á la Consergería.

Al decir estas palabras Desgrais echó una mirada tan irónica y maliciosa sobre la pobre Magdalena, que la señorita de Scuderi tembló involuntariamente. Precisamente en aquel momento su desgraciada víctima empezaba á respirar de una manera perceptible; pero aun yacia con los ojos cerrados incapaz de hablar ni de moverse, de modo que la policia estaba indecisa y no sabia qué hacer, si llevarla á la casa ó custodiarla donde estaba hasta que por mayores auxilios recobrará sus sentidos. Muy agitada y con los ojos llenos de lágrimas, la señorita de Scuderi miraba el aspecto angelical de la desgraciada jóven, y su corazon se es-

si fuera un cuerpo muerto. La señorita de Scuderi no pudo permanecer en silencio por mas tiempo; ¡por el amor de Dios! exclamó ¿qué es esto? ¿Cuál es la causa de todo ello? Y al decir esto abrió por si misma apresuradamente la portezuela del carruaje, y salió de él. El pueblo con gran respeto hacia lugar para la venerable señorita, la que viendo que algunas mujeres de buen corazon se habian acercado á la desgraciada jóven y la estaban frotando las sienes con agua de Colonia, se volvió hácia Desgrais, y con notable vehemencia repitió sus preguntas. Señorita, contestó el jefe de policia, hemos descubierto esta mañana el crimen mas horrible que se ha cometido desde hace muchas semanas. El digno ciudadano Renato Cardillac ha sido encontrado asesinado con el corazon atravesado por una daga; tenemos pruebas de que su oficial, Oliverio Brusson, es su asesino y acaba de ser conducido á la carcel.

—¿Pero y la jóven? dijo la señorita de Scuderi con un tono de ansiosa inquietud.

—La jóven, contestó Desgrais, es Magdalena, la hija de Cardillac, y el asesino es su amante. Ahora ha estado llorando y diciendo por espacio de mas de una hora que Oliverio es inocente, completamente inocente. Sin duda alguna ella es



San Ildefonso de la Granja. — Vista de la fuente de la Selva.

tremecía de terror al pensar en Desgrais y sus secuaces. Algunos momentos despues se sintieron pasos en la escalera; los dependientes de policia llevaban el cadáver de Cardillac, y la señorita de Scuderi, conociendo que el momento oportuno para su intercesion iba á pasar ya, tomó una determinacion súbita

—Yo me llevaré á esta jóven á mi casa, dijo, porque ahora está enferma y requiere cariño y solicitud despues de la desgracia que ha sufrido. Su culpabilidad necesita ser probada, y yo respondo que comparecerá cuando sea nece-

sario; en cuanto á lo demás, vos, Desgrais, no dejareis de cumplir vuestro deber.

Al oír estas palabras, todos los circunstantes prorumpieron en un murmullo de aprobacion; las mujeres que se hallaban mas próximas levantaron á Magdalena, é inmediatamente centenares de hombres acudieron á aquel punto, deseando prestar auxilio, de modo que como si hubiera sido llevada por el aire, la jóven fue colocada con seguridad en el carruaje. Entretanto todos los presentes continuaban bendiciendo á la respetable señorita que de esta ma-

nera habia sacado á la inocencia de las garras de los verdugos.

Por los tiernos cuidados de Serons, del médico mas célebre que habia entonces en París, Magdalena, que habia estado durante mucho tiempo en un estado de insensibilidad, recobró perfectamente su conocimiento. La señorita de Scuderi completó por sí lo que el médico habia comenzado, esforzándose por todos los medios de su elocuencia en hacer penetrar algun rayo de esperanza en el ánimo abatido de su protegida, hasta que por fin la pobre enfer-



Cardillac el joyero.—Muerte de Cardillac.

ma, habiendo roto á llorar de un modo violento, se sintió algo aliviada, y aunque con voz frecuentemente cortada por los sollozos, pudo referir en el camino todo lo que habia sucedido.

A eso de la media noche se habia despertado por los golpes que daban en la puerta de su alcoba, y habia oído la voz de Oliverio Brusson, que la suplicaba que se levantara inmediatamente porque su padre se estaba muriendo. Al saber esto se habia levantado con la mayor agitación y habia abierto la puerta, encontrando allí á Oliverio que la esperaba; sus facciones estaban pálidas y descompuestas; el sudor corría por su frente, y temblaba tanto que apenas podía sostenerse. La condujo al taller de su padre, adonde ella le siguió, y allí hallaron á Cardillac en el suelo y con los ojos fijos é inmóvil porque estaba ya en la agonía de la muerte. Ella lanzando un agudo grito se habia arrojado sobre su padre, y entonces por primera vez advirtió que el vestido de su padre estaba empapado en sangre. Brusson la separó, empezando á lavar lo mejor que pudo con un bálsamo astringente una terrible herida que Cardillac tenia en el lado izquierdo y se la ligó despues. Durante esta operacion el desgraciado joyero habia vuelto en sí de su desmayo, respiraba con mas libertad y miraba de una manera espresiva á ella y á Oliverio; por último la habia cogido la mano, y poniéndola en la del jóven las habia estrechado varias veces. Entonces am-

bos se hincaron de rodillas al lado del moribundo, esperando que los diera su bendicion, pero este, que lanzando un fuerte grito de dolor se habia incorporado por sí mismo, cayó despues de espaldas, y en el momento espiró, dando un gemido largo y prolongado.

Entonces ambos dieron libre curso á sus lágrimas y lamentos; Oliverio halló palabras para decirle que Cardillac le habia ordenado que le esperara á media noche, que habian salido juntos y que Cardillac habia sido atacado y herido en su presencia por un asesino; que creyendo que la herida no seria mortal con gran trabajo y esfuerzos, habia cogido al desgraciado joyero sobre sus hombros y le habia llevado á su casa.

Asi que rompió el día las gentes de la casa que se habian alarmado por el ruido del llanto y los lamentos entraron en el cuarto y los hallaron aun inconsolables arrodillados y en oracion al lado del cadáver. Entonces se dió la alarma, la justicia penetró en la casa y llevó preso á Oliverio, como asesino de su maestro. A todo esto Magdalena añadia la descripcion mas conmovedora de cuán fiel y noblemente se habia conducido siempre Oliverio afirmando que habia mostrado en todo tiempo á Cardillac el respeto y la obediencia de un hijo á su padre; que Cardillac habia apreciado en lo que valia su carácter digno, escogiéndole por yerno á pesar de su pobreza y habiendo probado que su habilidad como artista se aumen-

taria por su constancia y excelente disposicion. Cada palabra pronunciada por Magdalena parecia llevar el sello de la verdad y salir del corazón. Despues de hacer el relato concluyó diciendo que si hubiera visto que Oliverio en presencia suya le hacia aquella herida mortal á su padre, hubiera creído mas bien que era una ilusion producida por el diablo que no que su amante se hacia reo de tan horrible crimen.

La señorita de Scuderi profundamente conmovida por los sufrimientos de Magdalena y dispuesta del todo á mirar á su amante como inocente hizo aun mas averiguaciones y halló que todo venia á confirmar lo que la pobre jóven habia dicho en cuanto á las relaciones domésticas del maestro con su oficial. Las gentes de la casa y de la vecindad ensalzaban á Oliverio como un modelo de orden, de fidelidad y de industria. Ninguna de estas gentes sabia que se hubiera hecho culpable de ninguna mala accion jamás y sin embargo, cuando la conversacion versaba sobre el asesinato todos se encogian de hombros, pensando que habia allí algo completamente misterioso é inconcebible, de modo que era imposible decir qué conclusion tendria el asunto. Entre tanto Oliverio habia sido llevado ante los jueces de la Cámara ardiente, donde como despues supo la señorita de Scuderi habia negado toda participacion en la muerte, persistiendo en ello con la mayor constancia y sin embarazo alguno, afirmando que su maestro habia sido ata-

cado en su presencia y derribado al suelo, que despues le habia llevado á su casa, donde habia espirado pocos momentos despues, á consecuencia de su herida que era mortal. Todo esto estaba conforme precisamente con la narracion de Magdalena.

La señorita de Scuderi no dejó de ensayar medio alguno para obtener les informes mas exactos. Se enteró minuciosamente si habia habido últimamente alguna querrela entre el maestro y el oficial; si Oliverio, aunque en general de buen carácter, no estaba sujeto á accesos de cólera que frecuentemente inducen á los hombres á cometer un crimen, del cual se hubieran apartado con horror en otra ocasion, pero encontraba tal carácter de verdad en lo que contaba Magdalena respecto de la tranquila felicidad doméstica en que habian vivido los tres juntos, que al fin toda sospecha contra Brusson se desvaneció completamente de su imaginacion. A decir verdad, aun dejando á un lado todas las circunstancias que abogaban tan decididamente por su inocencia, la señorita de Scuderi, no podia descubrir motivo alguno por parte de Oliverio para hacer aquella muerte; pues por el contrario, únicamente podia bajo cierto aspecto, producir únicamente su propia ruina y destruir todas las esperanzas que pudiera fundar para el porvenir. Es pobre, se decia á sí misma la señorita de Scuderi, pero es un hábil artista; ha logrado adquirir la confianza del mejor joyero de todo París; se ha enamorado de la hija única de su maestro que aprueba este cariño; de este modo la dicha y la prosperidad parecen aguardarle en su vida venidera. Pero á pesar de todo esto suponiendo que Oliverio haya sido dominado por una cólera repentina y escitado á cometer tal locura contra su bienhechor ¿cómo es posible que tenga una hipocresía tan extraordinaria que cometiendo el asesinato de este modo aparente estar tan afligido? En una palabra, con la conviccion casi completa de su inocencia, la señorita de Scuderi, formó el designio de salvar á este jóven desgraciado cualesquiera que fueran los trabajos que la costara y los esfuerzos que tuviera que hacer.

(Se continuará.)

EL RETIRO DE FELIPE V.

Cuando Felipe V se vió en pacífica posesion de sus estados, se aplicó á reparar las brechas que las turbulencias y la licencia de las armas abren siempre en la religion, en la justicia y en el buen gobierno. Dedicóse á poner en buen estado la marina, á reparar las plazas fuertes, y á mantener en pie un buen número de tropas que hiciesen respetar y asegurasen la tranquilidad del reino. Habiéndole encontrado en situacion muy diferente, le puso en estado de pensar en recobrar sus pérdidas. Ya habia vuelto á conquistar los reinos de Cerdeña y Sicilia, y se disponia á restituirse el de Nápoles, cuando la poderosa liga que se formó entre el emperador, Inglaterra y Francia desbarató una empresa que no se puede dudar estaba bien concertada.

Hasta aquí el reinado de Felipe V se vió lleno de sucesos grandes. A la verdad, no todos habian sido felices; pero todos fueron gloriosos, porque mostrándose siempre grande este insigne monarca en una y otra fortuna, en ambas mereció el renombre de Felipe el *Valiente*, el *Animoso*. Ninguno de sus predecesores desde el tiempo de Carlos V se habia dejado ver tantas veces al frente de sus ejércitos. Podia Felipe gozar tranquilamente el fruto de sus fatigas en el seno de la paz y en medio de sus vasallos, ganados unos por sus virtudes y conservados otros por su clemencia. Nada faltaba ni á su gloria ni á su dicha; y no obstante cuando al parecer le lisonjaban mas unas circunstancias tan halagüeñas, tomó la resolucion de huir de los negocios del mundo, por dar toda su atencion á los de la eternidad. Renunció, pues, la

corona en favor de su hijo D. Luis, príncipe de Asturias, y se retiró en 1724 á la soledad de San Ildefonso de la Granja, donde él mismo habia fabricado el mas bello palacio real que hay en España, adornándole de hermosísimos jardines y de suntuosísimas fuentes, cuya amenidad, magnificencia y buen gusto pueden competir con los de Versalles.

POR CURIOSO.

Uno de mis mayores defectos es la curiosidad, virtud que poseo en alto grado.

Por mal de mis pecados no há muchas noches dióme la gana de ver una representacion en el teatro de *El Genio*, y á las ocho — quizás impulsado por la mano de la Providencia, que como decia mi tia, castiga y no con palo, — me encaminé á dicho teatro, en el cual segun un desomunal cartelon con letras mayúsculas se representaba el drama de Alejandro Dumas *Margarita de Borgoña*.

No quedaban asientos desocupados, «asi nos divertiremos por completo,» me dije: y con el mismo valor con que César pasó ó no pasó el Rubicon, pues en esto de historias tambien se miente, y no poco que digamos, me introduje en la grada.

Al principio me fue imposible el poder introducir mi humilde individuo en aquel *pandemonium*, y eso que somos de muy fácil colocacion, pero con la mayor imperturbabilidad hice que se corrieran hácia la izquierda unas señoras, al menos á mí tal me parecieron, y á unos caballeros que se estrechaban un poco y al fin pudimos hacer pie.

El calor era insoportable.

Traté, pues, de sentarme porque en el sitio que estaba tras de no ver impedia la vista á los demás.

Aquí empezamos á padecer.

Las señoras que habia hecho correrse á la izquierda fueron las que rompieron primero el fuego.

—Pero, caballero, dijo la de mas edad que de seguro habia presenciado el degüello de los Inocentes, hemos venido al teatro para que nos presen como sardinas.... No vé usted que no podemos estrecharnos mas.

En cuanto á lo de sardinas les sobraba razon, en cuanto á lo segundo de seguro se hubiera quejado con mas prebabilidad el almidon.

—Pero si solo con un poco tengo suficiente.

—¡Cómo! contestó admirada de mi audacia, es que intenta usted acaso colocarse en medio de nosotras, pues se equivoca, desde este momento le digo que no me muevo.

—Silencio y siéntense ustedes exclamaron algunas voces detrás de nosotros.

La Providencia hizo aparecer en aquel instante á un inspector de policía, y quieras que no, sin hacer caso de las pestes y quejas, que por cierto no escasearon, me colocó al lado de aquellas señoras que por lo menos ocupaban ocho asientos.

A mi izquierda estaba sentado un jóven muy presumido con guantes amarillos, cabello negro, rizado y perfumado hasta la saciedad, y que hubiese podido pasar por buen mozo si hubiera tenido mejores narices, pero esta falta no le impedia el que se tuviese en mucho, y esto es una de las cualidades que el mundo mas aprecia, para sus juicios ulteriores.

El público se impacientaba de lo lindo porque tardaban en empezar y el público del teatro de *El Genio* tiene un modo muy significativo de dar á conocer sus deseos.

En el patio no se oian mas que golpes, en las galerías daban palmadas, y en la grada unos silbidos acompañados de los gritos de *el telon*, *el telon* que daba gozo verlo.

Este modo de manifestar sus afectos tan al natural hizo proferir al lindo pisaverde en denuestos contra tales maneras en un principio, pero por último participó de la corriente general y exclamó:

—¡Demonio! tienen razon. ¡Cuánto tardan! ¡Es una pesadez insufrible! ¡Y luego quieren que se venga á estas funciones!

Como le ví tan enfurecido juzgué llegado el momento de entablar conversacion, cosa muy natural pues he observado que la cólera y el dolor son los sentimientos que nos hacen mas comunicativos.

—Es bueno el drama, le dije.

—¡Oh! contestóme un sí es no es mas tranquilo, una obra maestra, aun cuando visto uno visto todos, un tirano ó un traidor, una huérfana ó una reina adúltera son por lo regular su argumento, sesenta representaciones he visto este año y todas pudiera decir que están cortadas por el mismo patron.

—¿Es usted muy aficionado al teatro?

—No, solo vengo por matar el tiempo, la sociedad se va relajando de tal modo que ningún hombre de *corazon* puede sufrirla.

—¡Ya!...

—Además que el teatro es la escuela de las costumbres.

—Segun me han dicho, las buenas costumbres de este drama tienen seis cuadros.

—Cierto y cada uno tiene un nombre á cual mas filosófico. Segun mi opinion, y recaló mucho esta espresion, segun mi parecer repito *Margarita de Borgoña* no deja nada que desear en este concepto y mi voto no deja de tener algun peso porque vivo en la misma casa que el galan jóven.

—¡Ya! repetí por segunda vez.

—Como verá usted su argumento es de los mas sencillos. Primero aparece un salen el cual tiene una ventana que dá al Sena, no, primero un bosque en el que tiran al mar, tampoco es una taberna... En fin ello es que no matan mas que á dos debiendo ser tres los muertos. Ya comprenderá usted por este episodio que su fin no puede ser mas moral.

—Pues, señor, quedo enterado.

—Sí, es muy sencillo su argumento, prosiguió con la mayor formalidad, pero no sucede lo mismo en otros en que pasan años y años de un acto á otro que es un contento.

—Sin embargo, repliquéle, no creo que este sea un gran mal porque para encontrar gusto en una cosa no hay necesidad de comprenderla.

Alzóse el telon.

Despues de colocarme con la comodidad que Dios me dió á entender disponíame á comprender aquel drama tan sencillo de argumento como me habia dicho mi vecino, cuando entran, ó por mejor decir, envisten dos mujeres los asientos, y sin aguardar á ver si tenian lado saltan y se zampan en mi banco, faltándole muy poco á una para sentarse en mis rodillas y tirando la otra al suelo mi sombrero.

—¡Uf! gracias á Dios que hemos llegado, no nos ha costado poco trabajo, y qué modo de apretarnos en la puerta... Retírate, Maruja, y pongámonos anchas. Ya verás que buena comedia, mi primo me ha asegurado que es magnífica, sobre todo el final dice que es sublime, en el ensayo lloraron hasta los maquinistas.

—Y hay muertos, dijo la otra.

—Muchos.

—¡Gracias á Dios es lo que mas me divierte!

—Hay dos ahogados y además otro que van á ahorcar, á la reina le dan dos desmayos y en el último acto le cortan el cuello con un cuchillo.

—¡Deberá ser una cosa digna de verse!...

Como para dejarles un lado á aquellas buenas mujeres que tanto se iban á divertir con ver matar al prógimo, me fue preciso correrme hácia la derecha, perdí mi magnífica posicion que tanto me habia costado.

En vano traté varias veces de mirar á la escena, pues un mar de cabezas me lo impedia, y sobre todo un calvo que estaba sentado delante de mí, y cuya sola ocupacion era arreglar los pocos cabellos que le quedaban.

Cansado de aquella posicion, renegando del teatro y hasta de mí mismo, intenté salir pero

al momento comprendí que era imposible. En esto dióle gana á las mujeres que se habian sentado junto á mí de emprender una conversacion tan tirada como si hubiesen estado en su casa.

—Oye, Maruja, dijo la que estaba mas próxima á mi individuo, no dejes de avisarme cuando salga mi primo.

—Aun no ha salido pero...

—Cuidado, señora, dijo la vieja que me era tan simpática volviéndose, cuidado que está usted hechándose encima de mí.

—Toma, pues no es usted poco delicada que digamos. Yo quiero ver á mi primo y por eso he pagado en la puerta.

Diciendo estas palabras hechóse sobre mí con la mayor libertad del mundo, refunfuñando, poniéndome por último la mano sobre el hombro é inclinándose hácia el patio, sin dársele un ardite del enojo de la vieja que las miraba con no muy buenos ojos.

—Mira, mira Maruja ahora sale tu primo, lleva puesta la gorra que le has regalado con las plumas. Como mueve los ojos cuando habla, que guapo está... Voy á hacerle señas de que estamos aquí.

Aun no habia acabado de decir estas palabras cuando cogió un pañuelo por una punta y empezó á agitarle, azotando con él sin querer la cara de la vieja que se volvió hecha un basilisco gritando:

—Le he dicho á usted hace mas de una hora que me está incomodando.

—Hay acaso, contestó un mucho picada la Maruja, algun bando de policia que me lo impida.

—Silencio esclamaron los espectadores impacientes. Cuando está el telon levantado no se habla.

—Pues me dá la gana.

—Fuera volvieron á esclamar algunas voces.

—¿Quiere usted callar dijo la vieja.

Por toda contestacion levantó la mano la buena de la Maruja y ¡paf! le dió una tremenda bofetada.

Aquí fue Troya.

Levantóse la vieja hecha una furia y empezaron á llover bofetones y arañazos que era un portento.

Irritado el público por tal escándalo empezó á gritar y á patear de impaciencia porque interrumpian el drama.

La confusion llegó á su colmo, y hubo un momento en que creí que era presa de un vértigo. En vano trató el bueno del inspector de poner paz entre aquellas dos mujeres que parecian furias.

Magullado y sin sombrero, pues ignoro donde fué á parar en aquella refriega pude ganar la puerta, y sin volver la cabeza atrás llegué á mi casa con el auxilio de un sereno que me depa-
ró la suerte.

«Sea usted curioso.»

VICENTE CUENCA Y LUCHERINI.

LOS HISTORIADORES ANTIGUOS.

HERODOTO.

Llámasele padre de la Historia, y nació en Halicarnaso, en la Caria, el año 484, antes de J. C. Mientras su patria era presa de la mas grande tiranía, pasó á la isla de Samos, y viajó por Egipto, y por toda la Grecia. A su vuelta persiguió al tirano Lygdamis; pero en vez de agradecerle el pueblo este servicio, y de coronarle como á su libertador, le pagó solo con negras ingratitudes; y si mas adelante tuvo deseos de hacer conocer su mérito, se vió precisado á leer en medio de los fuegos olímpicos su preciosa Historia, que al fin era aplaudida frenéticamente. Contiene esta obra la relacion de algunas guerras de diferentes naciones, y entre ellas la de los persas y griegos, desde que dejó de reinar Ciro hasta el imperio de Xerxes. Dividese en nueve tomos, cada uno de los cuales tiene el nombre de las Nueve Musas, y en cuanto á su importancia no están acordes

los eruditos, dejándole unos en el lugar que ocuparia un escritor de mediano talento, y dándole otros la misma preeminencia entre los historiadores, que la que gozan Demóstenes entre los oradores y Homero entre los poetas.

POLIBIO.

Nació por los años de 203, antes de J. C., en una poblacion del Peloponeso en Arcadia, llamada Megalópolis, y desde su juventud se sintió inspirado para el servicio de las armas. Militó bajo las órdenes de Filopémenes, insigne capitán de su tiempo, y fueron muchas las muestras de valor que dió en diferentes expediciones, hasta que derrotado su rey Perseo, tuvo que pasar á Roma con el ejército vencedor. Allí, conoció la intrepidez de su espíritu, le ofrecieron su amistad Escipion y Fabio, hijos de Paulo Emilio, con el primero de los cuales marchó al asedio de Cartagena, y se encontró tambien en el sitio de Numancia, pues desde Roma no podia mirar con indiferencia la esclavitud de su patria. Asegúrase que falleció el año 121 antes de J. C., y que ocasionó su muerte una caída de caballo. Solo nos queda de él parte de una *Historia general*, que comienza desde las guerras Púnicas, y acaba en la de Macedonia. Agrada mucho á los políticos y á los guerreros, porque unos y otros encuentran en ella grandes lecciones y no menores preceptos. Se cuenta que Bruto la leía muy á menudo, y que hasta se habia formado para su uso particular un compendio de esta historia, mientras estaban en pugna con Antonio y con Augusto. La edicion mas antigua de la que nos queda de Polibio, fue hecha en Roma el año de 1473.

PLUTARCO.

Nació en una ciudad de la Beocia, durante el imperio de Trajano. Su despejado talento, y aquel afecto que ponen los pueblos en quien se interesa por ellos deseando el bien de la república, hicieron que desde muy joven tuviese importantes cargos que cumplir, y que mas adelante pesaran sobre él los mas elevados destinos de su patria. Viajó por Grecia y Egipto, y vuelto á Roma, enseñó la filosofía, con tanta estima del emperador Trajano, que le honró con su amistad, y le hizo procónsul. Mas á su muerte quiso retirarse del bullicio y de los engaños de la ciudad imperial, y vivió en su pais con la dichosa tranquilidad del sabio, hasta que falleció por los años de 140 antes de J. C.

Escribió las *Vidas de los hombres ilustres*, y varios tratados de moral. Por aquellas se le coloca entre los historiadores; pues lo fue efectivamente, y de los mas moralistas. Consiste su obra en una especie de noticia histórico-crítica, si puede llamarse así, de los principales personajes griegos y latinos, y no hay duda alguna que ha sido excelente para formar buenos hombres públicos.

XENOFONTE.

Este gran filósofo fue discípulo de Sócrates, y segun la costumbre de su pais (Atenas) dedicóse á las armas durante su juventud, sufriendo todas las penalidades que lleva consigo la vida del guerrero. Dióse á conocer siempre por una grandeza de alma quizá algun tanto exagerada, y su filosofía fue siempre superior á todos los eventos á que la humanidad se halla espuesta. Muchas son las obras que nos quedan de XENOFONTE, siendo las mas principales la *Ciropeia*, especie de historia de Ciro y tratado de educacion de un príncipe; *La retirada de los diez mil*; siete libros de la *Historia griega*; *Vida y dichos memorables de Sócrates*; la *Apologia* de este filósofo y otras.—XENOFONTE murió por los años de 360, antes de J. C.

SALUSTIO.

Crispo Salustio ó Cayo Salustio Cispio, fue un ilustre historiador que nació en Amiterno, pueblo de los sabinos, el año de 668 de la fun-

dacion de Roma. Toda su juventud fue un tejido de desórdenes morales y de costumbres las mas corrompidas; pero á pesar de todo conociéndose inclinado á la carrera política, se aplicó al estudio de las Bellas Letras y de la Historia, y se le nombró muy pronto cuestor. No se sabe si desempeñó durante mucho tiempo este empleo, que daba entrada á las demás dignidades de la república, porque en el año 702 fue nombrado tribuno del pueblo, y deseando vengarse de Milon, enardeció al mismo pueblo contra él, y hasta llenó de invectivas á Ciceron porque queria defenderle. Mas adelante los censores Apio Pulcher y Pison, le arrojaron del senado por sus escandalosas costumbres, y entonces lleno de despecho se retiró á su casa, alejándose de los negocios públicos. Muy pronto sin embargo y siendo adicto á César, cuando este empuñó las riendas del gobierno se lo llevó á España, y á su vuelta el año 706, le nombró cuestor, obteniendo á los dos años la pretura, en cuyos cargos se portó indignamente. Dirigió tambien las legiones de César contra los partidarios de Pompeyo, en el Africa, y terminada la guerra recibió el cargo de procónsul en Numidia; pero fueron tan grandes los latrocinios que cometió, que á su marcha quedó la provincia enteramente talada y destruida.

Después de la muerte de César se retiró Salustio á la vida privada, construyendo en Roma un magnífico palacio, rodeado de jardines, con baños, acueductos, templos y un circo. Vivió con este lujo algunos años, que dedicó tambien á corregir sus obras, falleciendo el año 718 de Roma.

Las obras que de Salustio nos quedan completas son la *Conjuracion de Catilina*, que es preciso confesar trató con gran imparcialidad la *Guerra de Lugurta*, conquista por los romanos de la Livia, Numidia y Mauritania de que dió excelentes descripciones topográficas y noticias sobre autigüedades desconocidas; dos cartas dirigidas á César, y seis arengas que formaban parte de su *Grande Historia*.—La *Grande Historia* era una circunstanciada relacion de los hechos mas notables, discordias y guerras civiles que tuvieron lugar en casi todo el último siglo de la república romana.—Sobre su estilo no falta quien le encuentre defectos; pero las dotes que recomiendan á Salustio segun nuestro modo de ver, son la brevedad, la claridad, la verdad y viveza de los retratos. Para la comision tomó por modelo á Tucídides; pero segun Séneca, aun aventajó Salustio á aquel historiador griego. Quintiliano le alaba sobremanera, si bien no aprueba su escentricidad en los exorelios: á Tito Livio no le gustan sus arengas por demasiado largas; en cambio Marcial le considera como el primer historiador romano. Sin embargo, los críticos modernos forman una especie de triunvirato entre Tácito, Salustio y Tito Livio, en que á nadie se da la preferencia, sino que se les coloca á todos en elevado pues'lo, merced al mérito particular de cada uno.

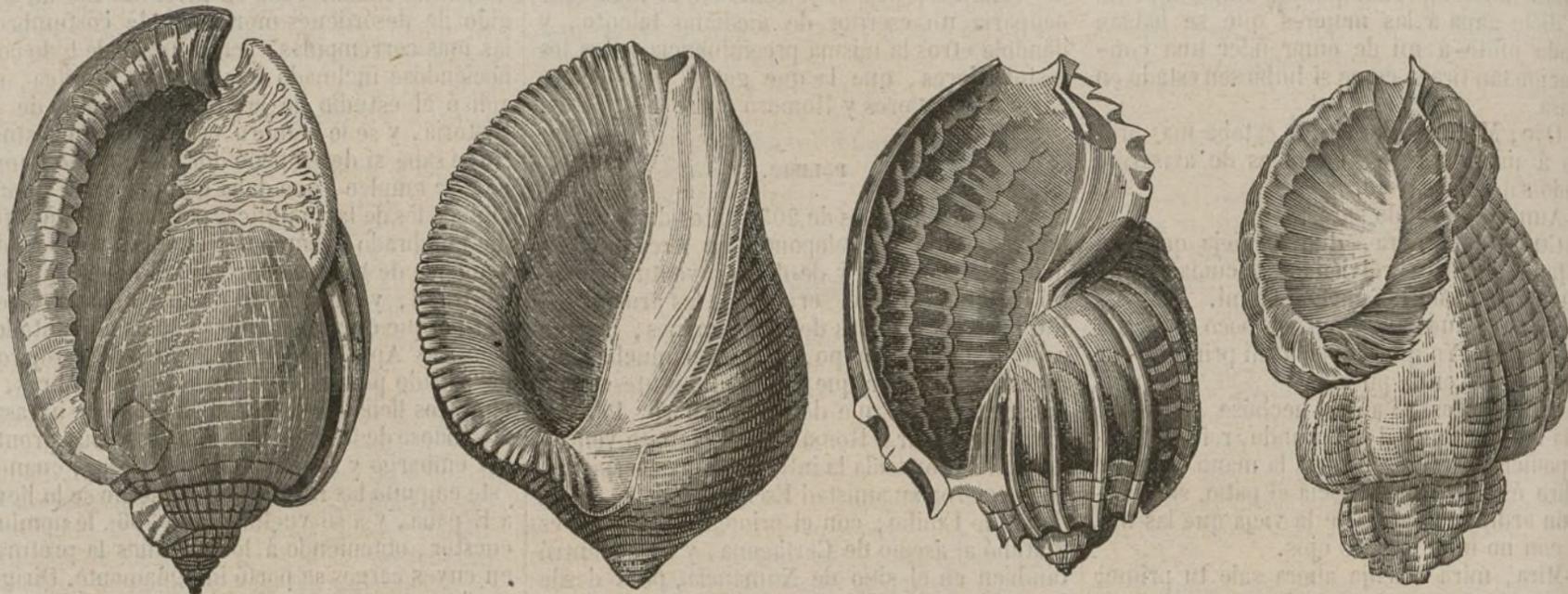
(Se continuará.)

HISTORIA NATURAL.

LOS MOLUSCOS.

Los Moluscos forman una de las principales ramas ó grupos del reino animal, que comprende animales blandos, sin esqueleto interno ni esterno y sin miembros articulados; pero provistos de un aparato circulatorio, mas ó menos completo y de un sistema nervioso ganglionar, dotados tambien de un aparato digestivo completo, estos es, con dos aberturas; y formados generalmente de partes pares, mas ó menos simétricas, pero no de parte homólogas, dispuestas en serie rectilínea, como los anillados, ó en radios alrededor de un eje como los zoofitos.

Los moluscos han sido confundidos por mucho tiempo con los gusanos y otros animales sin vértebras. Las conchas de que generalmente están provistos, han llamado en un



Historia natural.—Los moluscos.

principio la atención de los naturalistas, y la clasificación de las conchas ó *conquiliología* ha precedido con mucho al conocimiento de los animales de que proceden, y en los cuales forman en cierto modo una parte accesoria. Después que adquirió importancia su estudio apenas ha habido naturalista que no haya escrito acerca de ellos. Linneo los colocó en su clase de los gusanos formando con ellos dos órdenes: el de los *moluscos* y el de los *testáceos*; en el primero los confundía con los *helmitidos*, *acalefos*, etc., y en el segundo con otros animales que también han debido ser separados posteriormente.

Cuvier los separó ya de los gusanos y de otros animales blandos, formando un tipo especial que colocó después de los *peces* y antes de los *articulados*, tenían en cuenta la disposición de su aparato circulatorio, y los dividió en seis clases: *cefalópodos*, *pterópodos*, *gasterópodos*, *acéfalos*, *braquiópodos* y *cirrópodos*, las cuales se subdividían á su vez en muchos órdenes.

Este sistema se halla hoy notablemente reformado, habiéndose separado la clase de los *cirrópodos* para colocarlos entre los *articulados*, así como un orden de los *acéfalos*, los *acéfalos sin concha*, que se colocan entre los *zoofitos*. Lamarck, en su *Historia de los Animales Invertidos*, ha formado con los moluscos de Cuvier cuatro clases distintas: la de los *cirrópodos*; la de los *conchíferos*, que son los *acéfalos con concha* de dicho autor, la de los *unicados ó acéfalos sin concha*, y la de los *moluscos* que comprende todas las demás clases de Cuvier.

Dichas clases, que no están por el orden en que las hemos citado, han sido admitidas con más ó menos modificaciones por los autores modernos; pero todos están de acuerdo en afirmar que los *conchíferos* y los *moluscos* deben estar reunidos en un mismo grupo del reino animal, formando á lo más dos divisiones ú órdenes de dicho grupo.

LA ESCALERA.

Al primer escalon, «yo soy tu hermano.»
Al segundo escalon «yo soy tu amigo.»
Al tercer escalon ya me desdigo,
Al cuarto con desden te doy la mano.
Al quinto te contemplo erguido y vano,
Al sexto te desprecio, callo y sigo
Y tu amistad al sétimo maldigo
Y en el octavo la escarnezo ufano.

Tú quedas mudo y humillado y triste
Mirándome escalar la altura bella
Después que mi escalera sostuviste;
El amargo dolor tu labio sella;
Pues que por ella ayer subir me viste
Y hoy ves mi ingratitud bajar por ella.
FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

AL AMANECER.

Cuando despierta el día
te busca ansioso el corazón, y creo
que el mundo está en tinieblas todavía
si asomé á mi ventana y no te veo.
No te ocultes, bien mío,
aunque la luz de tu mirada ciega,
porque yo soy sin ti flor sin rocío
y hasta que brillas tú mi sol no llega.

AL ANOCHECER.

Cuando viene la tarde
y hasta el último rayo
del sol apaga que en los cielos arde
y al mundo postra en funeral desmayo;
to veo en tu ventana, vida mía,
y para el alma que tan bien te quiere
no acaba entonces con la tarde el día,
que hasta que tú te vas mi sol no muere.
CÁRLOS NAVARRO.

A MI ALMA GEMELA.

Yo sentía un vacío
niña en el alma
que el amor de mi madre
no lo llenaba;
y eso que es grande
inestinguible y santo
amor de madre.
Ni la fuente sonora
ni el aura pura
ni la flor perfumada
ni cosa alguna
me consolaba,
ni en el mundo veía
lo que buscaba.
Y por eso amor mío
perla encontrada,
ilusión de mi vida
alma de mi alma,
dije al mirarte
el ángel que esperaba
viene á buscarme.

ANTONIO PEREZ RIOJA.

CANTARES.

Cuando escribirme pretendas,
de papel sírvate el agua,
y así durará mas tiempo
lo que juras en tus cartas.

En la posada del mundo
tabique por medio habitan,
una de otra, vida y muerte,
como dos buenas vecinas.

No te pongas colorada
al pasar por este valle;
pues como no tiene lengua
no contará lo que sabe.

El cuerpo es cárcel del alma,
y del alma en el proceso
es juez la propia conciencia,
verdugo el remordimiento.

La mujer es un misterio,
misterio que nadie alcanza;
ya es rosa sin una espina,
ya panal de miel amarga,

Donde jurabas amarme,
ya pueden, falsa, poner:
«aquí mataron á un hombre;
rogad al cielo por él.»

VENTURA RUIZ AGUILERA.

PENSAMIENTOS.

No trateis á vuestro hijo con demasiado rigor ni dureza. Pensad que es un niño y que también lo habeis sido; y al usar de vuestra autoridad de padre, acordaos que sois hombre, y que vuestro hijo es también hombre.

Plinio el joven.

Hablar bien, es pensar bien. Formarse en la elocuencia, es estudiar la prudencia, y aun en las guerras más violentas, la prudencia es una cosa que con dificultad se puede carecer de ella.

Ciceron.

La primera condición de toda enseñanza, es pensar bien á quien se enseña.

Paladio.

Por todo lo no firmado J. GASPAR.
Editor responsable, Fernando Gaspar.

ADVERTENCIA. Las suscripciones se hacen solo por un año ó por seis meses.—Las de año concluirán el último de febrero y las de seis meses á fin de agosto próximo.—Las reclamaciones por pérdida de un número, se atenderán solo durante los primeros 15 días después de su publicación.

PUNTOS DE SUSCRICION. MADRID: Librería de Gaspar y Roig, Príncipe, 4; de Matute, Carretas, 6; de Leocadio Lopez, Carmen, 29; de Cuesta, Carretas, 9; de San Martín, Victoria, 9; de Sanchez Rubio, Carretas, 31; Moro, Puerta del Sol; Duran, Carrera de San Gerónimo; Dochoa, calle de Jacometrezo, 65, y en la Publicidad, Pasaje de Matheu.

En Provincias, Estranjero y Américas en casa de los corresponsales de los editores Gaspar y Roig, donde se suscribe á la BIBLIOTECA ILUSTRADA y mandando libranzas ó sellos de Correos.

MADRID: Imp. de Gaspar y Roig.